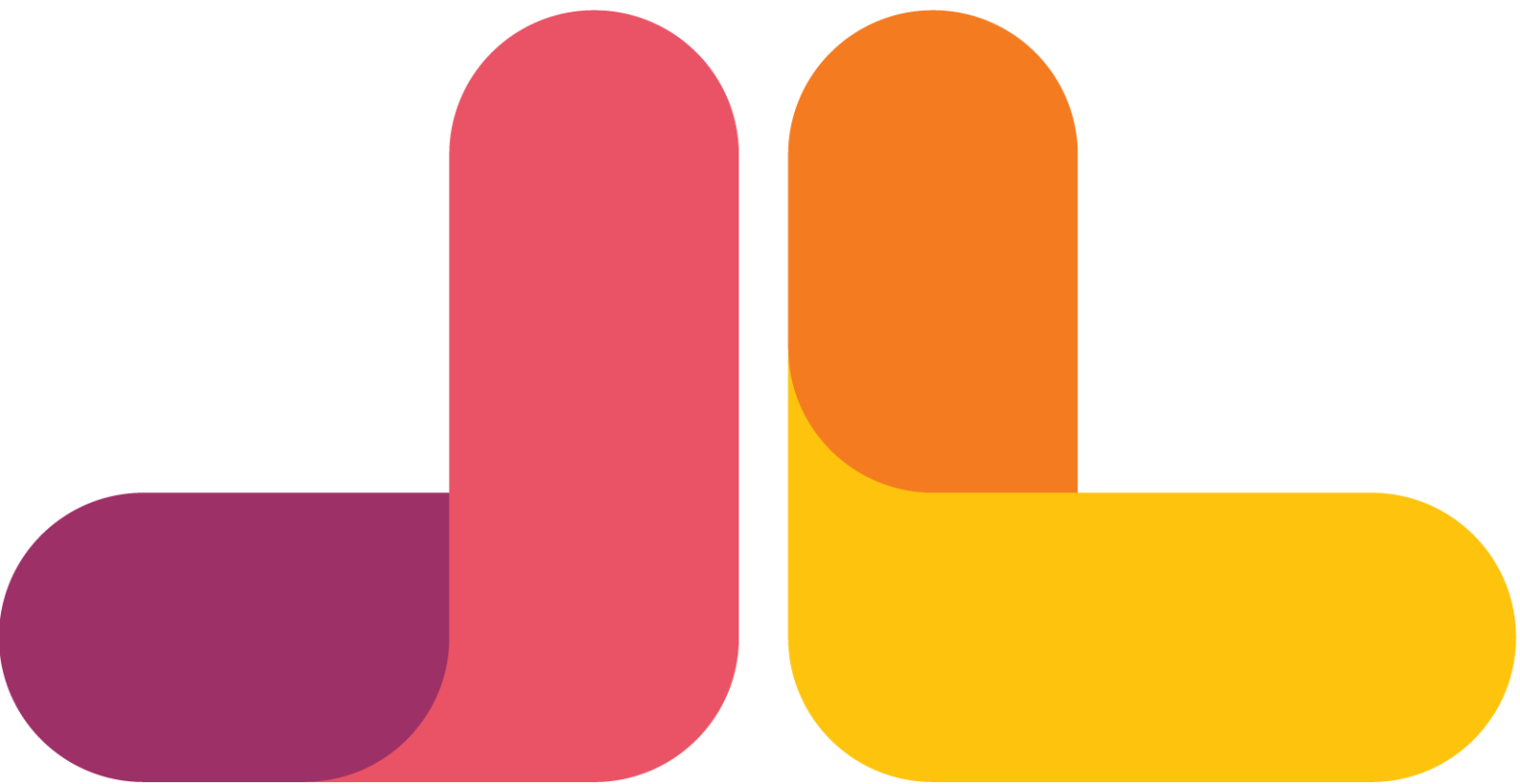




DOLORES
SOPENA
INSTITUTO CATEQUISTA

ITINERARIO
DE
DOLORES R. SOPEÑA
FUNDADORA DE LA FAMILIA SOPEÑA



ITINERARIO DE DOLORS R. SOPEÑA



Una familia de clase media

Madrid, 11 de enero de 1841: un sacerdote une con los santos lazos del matrimonio a dos jóvenes de honda raigambre católica. Él, Tomás Rodríguez Sopeña, madrileño, tiene 21 años y acaba de terminar la carrera judicial; ella, Nicolasa Ortega Salomón, nacida en Piña de Campos (Palencia), no ha cumplido aún los 19. Están hechos el uno para el otro, sus caracteres son complementarios: él es más bien callado y tímido, de gran honradez e integridad; ella es vehemente y decidida, alegre y hogareña. La unión de los nuevos esposos pronto se verá bendecida por la presencia de dos hijos varones, Enrique y Tomás.

Don Tomás Rodríguez Sopeña aún no posee la edad reglamentaria para ejercer su carrera. En espera de poder obtener un puesto en la magistratura, el joven licenciado vive de expedientes. Esperaba aguantar unos pocos años realizando trabajos precarios, pero ahora, con el nacimiento de sus dos primeros hijos, las necesidades de la familia han aumentado considerablemente. Por ello, cuando le proponen ocuparse de la administración de las fincas de los marqueses de Vélez, en la provincia de Almería, acepta la oferta inmediatamente y se traslada con su joven esposa y sus dos hijos a Vélez Rubio, una población de 1.500 habitantes situada en la posición más septentrional de la provincia, casi en el límite con las de Granada y Murcia. Allí les nacerá, el 30 de diciembre de 1848, una niña a la que bautizan ese mismo día con el nombre de María, Dolores, Francisca, Fermina, Jacoba.

Una infancia andaluza

La infancia de Dolores transcurre de un modo apacible – como un lago tranquilo la describe en su Autobiografía. Tiene la suerte de poseer un padre y una madre admirables, verdaderos ejemplos de vida sobre los que se moldeará poco a poco su alma. Don Tomás y doña Nicolasa se muestran en todo momento a la altura de las circunstancias. Así, cuando a los pocos años de llegar a Almería estalla en Andalucía una terrible epidemia de cólera que se cobra numerosas víctimas, los Rodríguez Sopeña deciden quedarse en Vélez Rubio y correr con sus hijos la misma suerte que el resto de los habitantes que no disponían de medios para salir huyendo y ponerse a resguardo. Consideran que su suerte tiene que ser la de todos, pobres o ricos; que sus niños son como los otros niños; que en casos así deben prevalecer sobre el miedo o cualquier consideración egoísta, ante todo, la solidaridad cristiana. Ejemplos como



D. Tomás

éste calan sin duda hondo en el interior de Dolores, que es inteligente y despierta. Son semillas que van germinando poco a poco en su joven corazón y no tardarán en empezar a dar sus primeros frutos.

Una vez alcanzada la edad reglamentaria, don Tomás empieza a ejercer como juez. A medida que va ascendiendo cambia de destino, lo que obliga a toda la familia a peregrinar de pueblo en pueblo por las provincias de Almería y de Granada: Albuñol, Guadix,



Doña Nicolasa

Guayos, Ugíjar, Sorbas... Viajan en diligencia, único medio de locomoción por aquella zona – aún no ha sido instalado el ferrocarril. Esos primeros viajes son muy instructivos para la pequeña Dolores. Los pasajeros amenizan el trayecto, más o menos largo, con comentarios sobre la situación política y económica del momento, con relatos de sus propias vivencias, de sus dificultades y de sus sufrimientos, lo que permite a la niña descubrir una problemática humana a la que es particularmente sensible, y la llevará años más tarde a buscar el modo de dar corazón a esas vidas y de aliviar sus penas.

Al paso de los años, la familia va creciendo en número: a los tres primeros hijos vienen a sumarse otros tres, Fermín, Antonio y Martirio. Los mayores comienzan sus estudios. Se manifiesta entonces en Dolores una enfermedad ocular molesta y dolorosa que la acompañará toda su vida. Tienen que operarla dos veces. La primera operación, conocida con el nombre de “sedal”, consiste en abrir un canal en el cuello para pasar por él un cordón de seda y evacuar por allí la supuración de los ojos. Cada pocos días le tienen que cambiar el cordón, lo que ocasiona un tremendo dolor. En la segunda operación le cortan un trocito de los párpados para que las pestañas no se le introduzcan en los ojos. Estas circunstancias pondrán en evidencia un rasgo fundamental de la personalidad de Dolores que la caracterizará toda su vida: su capacidad de sufrimiento.

En Almería

En 1866 don Tomás es nombrado fiscal de la Audiencia de Almería. Tras años de una existencia casi nómada, mudándose regularmente de pueblo en pueblo al ritmo de las nominaciones del cabeza de familia, los Rodríguez Sopeña se instalan en la capital de la provincia. Dolores tiene ya diecisiete años. A esa edad, las jóvenes de su rango hacen una activa vida social: visitas, paseos, reuniones y fiestas. Dolores se ajusta a esas convenciones (no es una rebelde), pero no se satisface con llevar una existencia alegre y despreocupada. Sabe que en el mundo hay también dolor, personas víctimas de la pobreza, de la enfermedad, seres marginados, abandonados por la sociedad a su propio destino, y quiere poner todo lo que esté de su parte para remediar ese estado de cosas. Por ello, cuando se entera de que en las cuevas excavadas en las rocas frente al mar almeriense viven dos muchachas enfermas de tifus en la mayor miseria, decide ir a verlas para llevarles un consuelo espiritual y ver en qué puede ayudarlas. La acompaña en la visita una joven de su edad, Araceli Núñez, perteneciente

como ella a una familia de buena posición social, que será en esos años su amiga inseparable. El cuadro que encuentran es desolador:

“Las dos muchachas en el suelo, sin cama ni colchón, ni nada, sólo unos trapos negros. Una madre anciana las cuidaba, no les daba de nada, sólo agua azucarada. No tenían recursos de ninguna clase, carecían de todo...”

Dolores y Araceli prometen a la madre de las chicas que no les faltará de nada y salen de la covacha rebotando alegría: por primera vez, van a poder demostrar su amor a Dios con obras y no sólo de palabras. Lo único que empaña su felicidad es el sentimiento de culpa por haber tomado esa iniciativa sin haber prevenido antes a sus madres (temían que las dos buenas señoras se opusieran a esa iniciativa por miedo al contagio), pero el impulso de caridad es más fuerte que el remordimiento.



Araceli Núñez

Todos los días acuden a escondidas a la cueva con lo necesario para el sustento de las dos enfermas. Para adquirirlo utilizan primero sus ahorros y, cuando sus escasas economías se les acaban, se cubren de harapos, se ponen jorobas fingidas, se tiznan la cara y, así disfrazadas de pobres, van pidiendo limosna por las casas al anochecer, para no ser reconocidas. Con lo recaudado pueden comprar no sólo alimentos, sino también medicinas. Así consiguen salvar a una de las dos enfermas – la otra, demasiado grave, acaba falleciendo.

La aventura se termina cuando, a consecuencias de sus visitas a la cueva, Dolores sufre un ataque a la vista que la deja casi ciega y Araceli cae enferma de tifus. Sus padres descubren entonces cómo se ha contagiado y le prohíben que siga frecuentando a Dolores, a la que consideran instigadora de esas iniciativas. Pero el deseo de ser útiles a los demás es más fuerte que el sentimiento de obediencia filial y, una vez recuperadas, las dos amigas seguirán asistiendo a los necesitados.

Ahora se enteran de que, en las afueras de la ciudad, en un cerro escarpado, vive un leproso en completa soledad. En la carretera hay una espuerta en la que los transeúntes le dejan alimentos y, de vez en cuando, alguna manta. Por la noche, el pobre infeliz baja gateando por el cerro en busca de esas provisiones. Dolores y Araceli acuden todos los días a socorrerlo pero no se contentan con dejarle el capacho lleno. Lo llaman y, al borde del camino, hablan con él. Le aportan un calor humano del que hace años se ha visto privado, le manifiestan el respeto y la consideración debidos a toda criatura por ser hija de Dios, y le consuelan de su sufrimiento recordándole que otra vida sin dolor ni enfermedades nos espera al lado del Padre. Tras estas entrevistas el leproso queda emocionado. Se ha vaciado de su dolor y de su resentimiento; ha comprendido que una vida mejor le será entregada a cambio de su abandono y de su desgracia.

Las visitas al leproso duran hasta que el cochero que conduce a las dos amigas al pie del cerro pone a la madre de Araceli al corriente de las actividades de las dos muchachas. Alarmadísimos, los padres de Araceli le prohíben terminantemente que frecuente a Dolores por miedo a que su hija siga secundando a la amiga en ese tipo de iniciativas que ellos consideran sin duda demasiado arriesgadas.

Dolores se queda sola. Para colmar el inmenso vacío dejado por la amiga ausente, su madre, miembro de la Conferencia de san Vicente de Paúl, le propone que la acompañe en sus visitas a los pobres. Cuando doña Nicolasa no puede ir, manda a Dolores con algunos de sus hermanos para llevarles los bonos a los necesitados. Al encontrarse a solas con los pobres, Dolores “los reunía en medio de la calle (eran barrios extremos), acudían mujeres, hombres impedidos, cojos, mancos, ciegos, chicos; y así que formaba mi auditorio, empezaba mi sesión de doctrina. ¡Cuánto gozaba en dar a conocer a Dios a esta pobre gente, tan ignorante y que me oían con la boca abierta!”.

Así descubre su verdadera vocación: “ganar muchas almas para Dios”. Pero todavía no sabe cómo encauzarla. Durante un tiempo medita la posibilidad de ingresar en la congregación de las Hermanas de la Caridad, por parecerle la institución que más se aproximaba a sus ideales. La muerte de su hermano Enrique, el primogénito de los Rodríguez Sopeña, víctima del tifus cuando tenía veintisiete años, provoca una profunda conmoción en la familia y afianza a Dolores en su decisión de entrar a formar parte de un instituto religioso: ha sentido el dolor en su propia carne y en la de sus seres queridos, sabe lo que es y quiere consagrarse a aliviar ese sentimiento en el prójimo.

Sin embargo, el Señor le tiene reservado otro camino.

Madrid

En 1868, poco después de la muerte de Enrique, el padre de Dolores es trasladado a la Audiencia de Puerto Rico, una de las últimas colonias españolas en América junto con Cuba. Decidido a hacerse cargo inmediatamente de su nuevo puesto, don Tomás se embarca hacia aquellas tierras acompañado de su hijo Tomás. El resto de la familia decide fijar su residencia en Madrid en espera de que el padre se instale en la capital portorriqueña y encuentre casa. Poco antes de abandonar definitivamente Almería doña Nicolasa tiene que afrontar (y esta vez sin la presencia consoladora de su marido) de nuevo una desgracia familiar: la muerte le lleva a otro de sus hijos, Antonio, de quince años. Dolores, tan acostumbrada ya a aliviar en lo posible los sufrimientos ajenos, se convertirá en el consuelo y compañía de su madre en esos momentos difíciles.

Al llegar a Madrid, Dolores no ha cumplido todavía los veinte años, pero tiene ya una idea más o menos clara del camino que desea seguir. Elige un confesor que la ayude a ver claro en su alma y la guíe en sus decisiones. El sacerdote le aconseja que no ingrese de momento en las Hermanas de La Caridad, y la anima a dar rienda suelta a su espíritu generoso buscando en la ciudad nuevos campos de acción. Eso hace. Los lunes va al Hospital de la Princesa para preparar a los enfermos a recibir los Sacramentos; los miércoles visita a las presas de la cárcel de mujeres, a las que sigue viendo una vez que han cumplido su condena; los domingos da catequesis en Escuelas Dominicales... A través de estas múltiples actividades descubre Dolores que, además de las enormes necesidades materiales que hay que subsanar, las personas sufren de otras carencias más importantes: falta de comprensión, de solidaridad, de justicia. “¡Al mundo le falta amor!”, se dice. Ella se lo dará.

Puerto Rico

Dos años después de la marcha de don Tomás a su destino americano, toda la familia se reúne con él en Puerto Rico. Los Rodríguez Sopeña forman parte de la buena sociedad de la isla, lo que implica para los recién llegados infinidad de visitas del estamento oficial y de las principales familias de la capital portorriqueña. Esta intensa vida social contraría a Dolores, pues no le deja tiempo para dedicarse a la que ha sido siempre su vocación: atender a las personas de las que casi nadie se ocupa, los pobres, los enfermos, los encarcelados. Pero cuando uno sabe lo que quiere, todo acaba teniendo solución, se dice la joven. Puesto que no puede sustraerse a las obligaciones sociales, aprovechará esas reuniones para convencer a las muchachas de buena familia de que la secunden en sus empresas de caridad. Guiada por su director espiritual, el Padre Goicoechea, sj, Rector de la iglesia de la Compañía de Jesús que se encontraba justo enfrente de la casa en la que vivían los Sopeña, Dolores funda las Hijas de María en Puerto Rico, asociación católica de la que acaban formando parte prácticamente todas las chicas de la buena sociedad de la capital.



Julia Puncet

Existía en Puerto Rico una marcada división de razas: al lado de los blancos vivían los indígenas, los negros, los mulatos... Los miembros de cada una de estas clases no se mezclaban con los de las otras y hasta se despreciaban entre ellos. Había que salvar ese abismo de separación, y el único modo de conseguirlo era la educación y la adquisición de una conciencia cristiana que permitiera ver en el otro un semejante. Con la ayuda de las Hijas de María organiza Dolores en Puerto Rico Escuelas Dominicales como aquellas en las que había participado en sus últimos años en Madrid. Se hacen con un local al que acuden negras de todas las edades (las más desfavorecidas entre todas las clases) y empiezan a enseñarles los rudimentos de la lectura, al mismo tiempo que las inician al catecismo y les inculcan los valores de la religión católica. La iniciativa es un éxito y pronto empieza a dar sus primeros frutos, pero en 1873 las Hijas de María tienen que continuar sin su animadora y presidenta: don Tomás Rodríguez Sopeña es nombrado fiscal de la Audiencia de Santiago de Cuba y allá se va con toda la familia. Dolores vive la partida como un desgarrón. La consuela únicamente la perspectiva de ganar para Dios las almas que la esperan en su nuevo destino.

Santiago de Cuba

Cuando los Rodríguez Sopeña llegan a Cuba, en la isla se estaban viviendo tiempos difíciles como consecuencia del enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado. El rey Amadeo de Saboya había designado Arzobispo a Pedro Llorente y Miguel sin esperar a que el Papa le expidiera las bulas apostólicas necesarias, por lo que José Orberá y Carrión, Provisor y Vicario General de la Archidiócesis de Santiago, que regía desde la muerte en 1872 del anterior Arzobispo, se había negado a reconocer dicho nombramiento. Ayudado por las autoridades civiles, Llorente y Miguel logra que Orberá y su secretario, Ciriaco María Sancha, sean hechos presos, primero en el Seminario y después en el calabozo del castillo del Morro. El 30 de abril de 1873, prácticamente cuando don Tomás empieza a ocupar su puesto, Pío IX excomulga a Pedro

Llorente. Estalla así un cisma durante el cual se cierran al culto numerosas capillas y son expulsados o apresados muchos sacerdotes partidarios del nombramiento por el Papa. El culto queda en manos de los cismáticos.

A pesar de sus responsabilidades en la Audiencia, don Tomás Rodríguez Sopeña y toda su familia permanecen fieles a Roma. Hasta el fin del conflicto, se abstienen de oír misa y de comulgar, salvo cuando arriba algún buque de guerra. En esas ocasiones los capellanes castrenses, fieles a la Iglesia, bajaban a celebrar misa al hospital militar situado en las afueras de la ciudad.

En Cuba renace en Dolores el deseo de ingresar en la Congregación de las Hermanas de la Caridad, “por creer que eran las que más en contacto estaban con los ignorantes que no aman a Dios porque no le conocen”. Empieza a frecuentarlas en el hospital y las Hermanas acaban escribiendo a su Director General solicitando la admisión de la joven y el favor de dispensarla del impedimento de la vista. A pesar de esa intervención especial, la respuesta del Director General es desfavorable. Dolores cree ver en ello un signo de la voluntad de Dios. Ese parece ser también el parecer de su director espiritual en Puerto Rico, el padre Goicoechea, que tan bien la conocía. Desde San Juan le escribe:

“... No serviría para ello. Emprenda en Santiago las obras que dejó en Puerto Rico. Allí le esperan nuevas batallas, en las que el Señor le ayudará como siempre”.

Para continuar su obra en Santiago, cuenta Dolores con la ayuda importante de una nueva amiga: Julia Puncet. Julia tiene sólo dieciséis años, nueve menos que Dolores, pero, como Araceli Núñez en Almería y las chicas de la alta sociedad portorriqueña antes, se contagia inmediatamente del ideal de su amiga y se muestra dispuesta a secundarla en todas las empresas que acometa. Se trata, como siempre, de ponerse al servicio de los necesitados. ¿Dónde están? En el campo, en los bohíos (así se llama en Cuba a las casas rústicas hechas de madera, ramas, caña o paja) de los barrios pobres... Allá van Dolores y Julia para hacer propaganda de la fe. Se introducen en las casas y convocan a hombres, mujeres y niños, jóvenes y viejos, para que se reúnan con ellas el domingo siguiente a las ocho de la mañana (más tarde es imposible: el calor se vuelve abrasador). Domingo tras domingo las dos jóvenes explican el catecismo a esa pobre gente, amenizándolo con anécdotas y cuentos para que lo entiendan mejor. El numeroso auditorio las escucha con la boca abierta y les piden que sigan con sus relatos, sin importarles el calor cada vez más intenso a medida que la mañana avanza, ni estar de pie o sentados sobre el suelo que abrasa. Las reuniones se prolongan así a veces hasta el mediodía. Dolores y Julia llegan a casa sofocadas. Doña Nicolasa teme por la salud de Dolores y se lo dice a su marido. Éste, para facilitarle las cosas a su hija, consigue que le Gobierno ponga gratuitamente a disposición de las dos jóvenes un espléndido local desocupado. ¡Ahora sí que podrán realizar con efectividad su trabajo! Organizan clases de lectura, escritura y aritmética para esa pobre gente, al mismo tiempo que la siguen catequizando, pues, a su parecer, la formación material y espiritual debe ir siempre pareja. Y sus esfuerzos pronto empiezan a dar espléndidos frutos: el día de la comunión general, presidida por el nuevo arzobispo, Martínez Herrera, se confiesan y reciben la eucaristía ochocientas negras y mulatas.

En 1876 una desgracia viene a empañar la feliz existencia de Dolores: a la edad de cuarenta y cinco años fallece doña Nicolasa. La muerte de la esposa y madre sume a toda la familia en un profundo desconsuelo. Transido de dolor, don Tomás decide retirarse, aunque no ha cumplido la edad para ello, y establecerse definitivamente en Madrid. Una vez más, Dolores tiene que abandonar la obra comenzada, con el único consuelo de saber que otros la continuarán en su lugar. Al abandonar definitivamente América deja tres Centros de Instrucción en Santiago – “yo no sabía cómo llamarlos, si Doctrinas o Escuelas Dominicales” – y, en Puerto Rico, una congregación viva bajo la dirección del Padre Goicoechea, las Hijas de María.

Otra vez Madrid

De vuelta a Madrid, Dolores reanuda las actividades que había desarrollado en la capital antes de irse a Puerto Rico: va a la cárcel de mujeres un día por semana, otro día al hospital de la Princesa y, los domingos, a la Escuela Dominical. Todo ello alternado con las obligaciones de la casa y el cuidado de su padre, delicado de salud. Poco a poco, el estado de don Tomás se agrava. El magistrado sufre de una afección cardíaca que le va privando de salud y Dolores tiene que prodigarle cuidados cada vez más intensivos, cosa que hace de manera ejemplar hasta el fallecimiento del enfermo en 1883, tras luchar durante tres meses entre la vida y la muerte.

Con la muerte de su padre se acaban para Dolores las obligaciones filiales: ahora es enteramente libre de elegir su camino. ¿Qué hacer? ¿Seguir sus inclinaciones religiosas? Ha desistido ya de ingresar en la congregación de las Hermanas de la Caridad. Ahora piensa en el Sagrado Corazón, que tiene escuelas de niñas pobres. Allí podrá, se dice recordando sus tiempos de Puerto Rico, “formar como apóstoles a las niñas de clases elevadas para que trabajen en medio de la sociedad”. Pero tampoco esta vez es admitida, a causa del gran inconveniente que representa su poca vista. Su confesor, el Padre López Soldado, sj le aconseja que pruebe en las Salesas. A ella nunca se le hubiera pasado por la cabeza integrar esa congregación de vida enteramente contemplativa, sobre todo en estos momentos en que se abren perspectivas inesperadas para sus actividades sociales. En efecto, tras haber pasado dos años en Francia ocupándose de sus hermanos, Julia Puncet, su amiga y compañera de aventuras en Cuba, acaba de instalarse en Madrid y le propone a Dolores secundarla en sus obras de caridad. Aún así, Dolores sigue los consejos de su confesor. El 8 de diciembre de 1883 entra en el monasterio. Desde el primer momento siente que aquella vida no le corresponde. Lo suyo es ir en busca de los que no conocen a Dios, y las que hay allí dentro son muy santas. De modo que habla con la Madre Superiora y a los diez días abandona el convento, dispuesta a volver a sus trabajos en la cárcel, el hospital y las escuelas dominicales, que es donde ella puede hacer el bien y “ganar almas”. Ha encontrado definitivamente su verdadera vocación.

En sus visitas cada vez más asiduas a cárceles y hospitales, Dolores se da cuenta de que mucha gente no percibe socorros o ayudas por ignorancia o incapacidad para ocuparse de los trámites administrativos. Por otra parte, muchas de esas personas viven en una situación familiar irregular – uniones ilegítimas, hijos no reconocidos – que con gusto arreglarían si

supieran cómo resolverla. Para poner remedio a ese estado de cosas, Dolores monta una oficina en una casita de la calle de Almagro, a la que da el nombre de “Casa Social”. A ella acuden hombres y mujeres deseosos de legitimar sus uniones conyugales, padres y madres que quieren reconocer a los hijos habidos antes o fuera del matrimonio, trabajadores con problemas de falta de ocupación, seres humanos que encuentran no sólo una ayuda material para resolver sus dificultades, sino también un calor humano que les dignifica en cuanto personas y les hace descubrir valores que hasta entonces les resultaban desconocidos: fraternidad, solidaridad, amor.

“Seguíamos yendo a la Cárcel un día a la semana – los miércoles –, y nos dijo un día una presa:

- ¿A que usted no ha ido nunca al barrio donde yo vivo?

Le contesté que yo conocía todos los barrios de Madrid, porque me dedicaba mucho a legitimar las uniones ilícitas y recorría las viviendas de ellos, y que por esta razón sabía todos los rincones.

Me volvió a replicar la presa, que era una cigarrera:

- ¿A que no ha ido usted nunca al Barrio de las Injurias?

Le dije efectivamente que no.



- Como que no va ninguna persona decente por allí y tienen miedo sólo de entrar en el barrio. Cuando salga yo de la Cárcel, que me faltan pocos días, vayan a hacerme una visita. Yo vivo en el Patio del Cotarro. ¡Ya verán cómo viven allí! ¡Pero ustedes no se atreverán! Ni caballeros, ni señoras, ni gente de ninguna clase van a ese barrio a dar limosna. Y ¡cuidado que hay necesidades de todas clases!

Yo le contesté que nos avisase el día de su salida y al otro día nos tenía en el Patio del Cotarro seguras...”

Este encuentro con Pepa la Cigarrera marca un hito importante en la trayectoria de Dolores Sopena. El comentario de la presa tiene mucho de reto, como si deseara saber hasta dónde puede llevar su entrega a los desfavorecidos esa joven de buena familia que viene a verla a menudo. Dolores le demostrará que su amor a los demás no tiene límites, ni sociales ni geográficos. Como prometido, en cuanto Pepa sale de la cárcel, Dolores y Julia van a visitarla. Así descubren Las Injurias, un mísero barrio del extrarradio de Madrid poblado por delincuentes y gente de mala vida que, cuando no estaban encarcelados, vivían hacinados en míseras habitaciones, sin muebles, sin jergón, durmiendo directamente sobre el suelo, protegiéndose de la humedad como podían, con montones de papeles cortados o de trapos viejos.

“Al salir del barrio Julia y yo nos miramos con el corazón oprimido y nos dijimos a la vez: aquí hay que seguir viniendo. Esto sí que se podía llamar las Indias de Madrid”.

Y vuelven. Fijan un día a la semana para reunir a esa pobre gente e instruirla. El salón: la plazoleta del barrio. Al principio los habitantes son un poco reacios pero con paciencia y con mucho amor Dolores y Julia van venciendo sus reticencias. El número de asistentes a las reuniones aumenta considerablemente, hasta el punto que tienen que formar varias secciones. Julia y Martirio, la hermana pequeña de Dolores, se ocupan de la de mujeres; Dolores, más valerosa, intenta atraer a algunos hombres. Tras mucho insistir consigue reunir a seis. Ningún esfuerzo le parece excesivo para ganarse esas almas. “Había tardes que me mandaban entrar en sus cuartuchos y me mandaban sentar hasta que terminasen ellos el juego que tenían entre manos de cartas y me decían: “ – en acabando este tute y que echemos un traguito de vino, al que usted nos acompañará, enseñuida vamos a oírla, doña Dolores.”

Dolores no se contenta con educar y aportar el bálsamo de la palabra a los habitantes de las Injurias: desea contribuir en lo posible a mejorar sus condiciones de vida, comprando jergones y lo indispensable para que vivan con dignidad. Para ello recurre a personas pudientes en las que despierta la responsabilidad social cristiana, a las que hace ver la situación económica, cultural, social, en la que se encuentran tantos hombres y mujeres que también son hijos de Dios. Así consigue nuevas colaboradoras para su incipiente obra, hasta unas treinta personas, organizadas en una jerarquía de responsabilidades y una distribución de servicios.

Las noticias de su labor llegan a oídos del obispo de Madrid, Ciriaco Sancha, a quien había conocido en Cuba. El prelado la convoca en su despacho y le expone la conveniencia de formar una Asociación que institucionalice la obra iniciada. Al principio, Dolores se resiste. A ella le interesa acercarse a las personas y cómo éstas responden a su atención. Teme que si se introduce “el espíritu del mundo” en su obra, eche a perder la eficacia de una labor espontánea, basada en el intercambio intuitivo. “Nada, esas son rarezas tuyas – le responde el obispo – y no me haces desistir de ello. Tráeme por escrito todo lo que hacéis y una solicitud pidiéndolo, y todo lo demás corre de mi cuenta”. En pocos días, Dolores prepara los papeles solicitados por el prelado. El 30 de julio de 1892, el Obispado aprueba la asociación bajo el nombre de Apostolado del Corazón de Jesús y San Ignacio de Loyola, aunque el pueblo la conocerá y designará con otro nombre mucho más corto y contundente: “Las Doctrinas”. Actualmente, dicha Asociación de Apostolado Seglar lleva el nombre de Movimiento de Laicos Sopeña.

Fundada la Asociación, Dolores puede ampliar su radio de acción, dispuesta a recorrer todo el cinturón de miseria que iba rodeando a Madrid por aquellos años. Aprovechando el buen ambiente que se iba creando en las Injurias pasa al vecino barrio de Cambronerías, compuesto en su totalidad de gitanos, doblemente marginados por su condición de pobres y de raza aparte: doblemente necesitados, pues, de amor y de esperanza. Tras implantarse en Cambronerías, Dolores extiende su apostolado a Cuatro Caminos primero y, luego, a Vallecas.

Sevilla

La obra realizada por Dolores Sopeña entre los habitantes de los barrios suburbanos de Madrid pronto se hace famosa en toda España. En 1896 la llama desde Sevilla el padre Rabanal, superior de la residencia de Jesuitas, para que allí haga algo parecido. Dolores tiene muy claro

que su misión no se limita a una sola ciudad y está dispuesta a aceptar esa invitación, pero algunas colaboradas de la Obra y su propio director, el Padre Alonso, sj se oponen a esta iniciativa por miedo a que, ausente la fundadora y alma del movimiento, se desmorone la obra iniciada en Madrid. La respuesta de Dolores es definitiva:

“Les contesté que en este mundo todos éramos útiles, pero necesarios nadie; que si era obra de Dios no se alteraría en nada, y si no lo era, no importaba que se deshiciese como la sal en el agua.”

Antes de salir para Andalucía tiene que pasar Dolores por otra prueba amarga. Julia Puncet, su amiga íntima y compañera de tantas andanzas, que está dispuesta a acompañarla a Sevilla, cae enferma de difteria, enfermedad que ha contraído cuidando a sus hermanos. Dolores la prepara para presentarse ante el Padre y vive la agonía y pérdida de la amiga como un desgarró. Pero el deber la espera.

En Sevilla, el Padre Rabanal le presenta a cinco señoras de sólido carácter, según él, y dispuestas a secundar a Dolores en sus visitas a los barrios donde debe actuar. Pero el celo apostólico de aquellas mujeres no resiste a la primera visita a los inmensos corralones donde viven cien o doscientos vecinos en la pobreza más absoluta y desertan. Con la ayuda de un santo sacerdote, el Padre Tarín, sj consigue Dolores la colaboración de diecisiete sevillanas. La obra puede por fin comenzar.

De Madrid llega un día un telegrama de la secretaria de la Asociación pidiendo a Dolores que regrese inmediatamente porque la vicepresidenta dejaba el cargo y había grandes disgustos entre algunos de los miembros por su marcha a Sevilla. Preocupada, Dolores toma el tren para la capital esperando poner las cosas claras y en orden, pero al llegar se da cuenta de que la situación es más complicada de lo que ella creía. Siguiendo las indicaciones del padre López Soldado, sj, su confesor, presenta su dimisión como presidenta, no sin dolor, pues había dedicado doce años de su vida a esa asociación que había visto nacer y que contaba en la actualidad con más de 6.000 personas. A su vez, el padre López Soldado la anima a que emprenda su nueva vida:

“El mapa es muy grande y Dios la quiere para que recorra el mundo entero buscándole almas. Esto está completamente organizado, ya no les hace falta...”

Con esas palabras resonándole en la cabeza, Dolores vuelve para Sevilla, donde sus esfuerzos iniciales empiezan a dar resultados y va percibiendo cómo su obra se consolida. Barrios como el Corral del Ahorcado o el Muro de los Navarros, hasta entonces sinónimos de marginación, se convierten en ejemplo de lo que puede la solidaridad humana gracias a los trabajos de la Asociación. Pronto otros conocerán la misma suerte: el Corral del Cuartelillo, Triana, el Barrio de San Roque, la Plaza de Abastos, San Agustín...

Expansión de la Obra

Al mismo tiempo que la Obra se enraíza en Sevilla, nace en Jerez de la Frontera, de donde han llamado a Dolores con insistencia. Dolores acude a la salida del trabajo de las bodegas a

hablar con los obreros y proponerles asistir a las reuniones que piensa organizar para ellos. Pronto se ponen en marcha dos secciones de hombres y tres de mujeres. La aventura andaluza no se limita a esas dos ciudades, Sevilla y Jerez: se va extendiendo progresivamente a muchas otras, Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, San Fernando, Lebrija, Linares, Almería, Málaga, Jaén...

Ya una vez puesta en marcha la Obra, Dolores intenta responder a todas las llamadas que puede, procedentes de toda España: Toledo, Daimiel, Cuenca, Ciudad Real, Burgos, Santoña, Badajoz, Mérida... En cuatro años, realiza 199 viajes por ese "mapa tan grande" del que le había hablado su confesor, el Padre López Soldado.

A Roma

En 1900, el obispo de Sevilla, Monseñor Spínola, organiza una peregrinación a la Ciudad Eterna con motivo del Año Santo. Dolores forma parte del grupo. Desde hace un tiempo, una idea ronda por su cabeza: convertir las "Doctrinas" en una Obra permanente; ese viaje a Roma le permitirá sondear a algunos miembros de las autoridades eclesíásticas para conocer su opinión al respecto y hacerse una idea más clara de la viabilidad de ese proyecto. Con ese fin visita al Padre Luis Martín, General de la Compañía de Jesús, al que pone al corriente de sus intenciones. El Padre General le hace notar lo ardua que le resultará la realización de la Obra que proyecta, pero no la desanima a acometerla; al contrario, antes de despedirla, le da su bendición "para la obra que iba a nacer". Como si, en lugar de un simple proyecto, se tratara ya de una realidad en marcha. En esos días, el 22 de octubre, hace un retiro en el sepulcro de San Pedro, donde recibe la confirmación de Dios para fundar un Instituto que diera continuidad a la Obra.

Toledo

Dolores regresa a Sevilla decidida a poner en marcha el proyecto. Consulta con el Padre Tarín y éste le propone unos ejercicios espirituales en las Esclavas, para ella y si podía reunir algunas amigas, mejor. Durante esos ejercicios se desvelan las últimas dudas y los últimos temores en el alma de Dolores. Sale de ellos más decidida que nunca a llevar a cabo el plan que Dios le había inspirado.

Lo primero que había que hacer era decidir el lugar en el que iba a nacer. El arzobispo de Sevilla le prometía su ayuda en caso que decidiera iniciarla en su diócesis, y otro tanto hacían el Obispo de Málaga y el Arzobispo de Toledo. Indecisa, Dolores consulta a su antiguo confesor en Madrid, el Padre López Soldado. La respuesta de éste es contundente:

"Mi opinión, sin dudarle, es que elija al Sr. Cardenal Sancha. La conoce desde Cuba, conoce la Obra, en sus manos y por él se ha formado la Asociación en Madrid, y como la quiere tanto a usted, lo tomará todo con gran interés. Además, considero a éste con más tupé que ninguno para que en este tiempo, gobernando Canalejas, se ponga al frente de un Instituto que nace, así es que vaya decidida a pedirle protección, que con ésta siempre cuenta."

Efectivamente, el Cardenal Sancha es un antiguo conocido de Dolores. Habían coincidido en Cuba, cuando Ciriaco Sancha era un simple sacerdote y Dolores una jovencita que se ocupaba de los pobres negros y mulatos; se habían vuelto a ver en Madrid, ya obispo el Padre Sancha, donde él había seguido con interés toda la labor de las Doctrinas e insistido para que Dolores fundara una Asociación. Ahora, Arzobispo de Toledo, le ofrece alguna ermita de las afueras o dentro de Toledo para que en ella instale el Instituto que desea fundar. Dolores elige la del Cerro de la Virgen de Gracia. El Arzobispo no sólo le hace donación de la ermita, sino que se ofrece para construir en el emplazamiento de la casa del ermitaño las habitaciones necesarias según el número de compañeras con las que cuente para empezar. “¿Cuántas habitaciones quieres que te mande hacer?”, le pregunta. “Siete”, responde Dolores fijando ese número por los Dolores de la Santísima Virgen, y no por el número de compañeras con las que cuenta, mucho más reducido: “una, y ésta no segura”. Se trata de una joven sevillana, Dolores Bécquer, venida a Madrid en busca de una congregación religiosa en la que realizar su vocación. Pronto llegarán otras: María Manjón, viuda del general Salinas, la presidenta de Sanlúcar; Carmen Moreno, de San Fernando; Pepa y Petra Ayala; Teresa Segura; Dolores Navarro... Siete, como Dolores había querido.

Con ellas y con su hermana Martirio, Dolores se traslada a Loyola para hacer unos ejercicios espirituales. Al término de los mismos, el 24 de septiembre de 1901, se firma un acta que marca el inicio de la Obra.

La Obra se extiende por toda España

El 31 de octubre de 1901 nace oficialmente el Instituto de Damas Catequistas (hoy Instituto Catequista Dolores Sopeña). Al mismo tiempo, Dolores decide crear una asociación civil y continúa abriendo Centros de Instrucción para mejor desempeñar el servicio de promoción de la familia trabajadora que lleva realizando desde hace ya tanto tiempo. Se trata de un nuevo método, que empieza por unas clases de álgebra, de electricidad o de dictado y termina propiciando un encuentro con Dios, al que poco a poco se va conociendo. Dichos Centros atraen enseguida a numerosos obreros por su carácter abierto y respetuoso de toda ideología o creencia religiosa. En 1902, el Gobierno reconoce la utilidad del trabajo realizado por Dolores y sus compañeras aprobando los Estatutos de la asociación civil, actualmente denominada Fundación Dolores Sopeña (antes Obra Social y Cultural Sopeña - OSCUS).



Pronto empiezan a llegarle a Dolores proposiciones de todas la Península para que acuda a abrir nuevos Centros. Primero de Carmona, donde la Condesa de Casa Galindo le ofrece una casa y los medios necesarios para ponerla en marcha. Al año siguiente, 1903, el Instituto se instala en el norte de España, en Santoña. La siguiente fundación la realizan en 1905 en Barcelona, a donde acuden llamadas por el Marqués de Comillas, que les proporciona una casa en el barrio obrero de Sants. Y de ahí a Palencia, a Valladolid... Al filo de esas fundaciones, la Obra de Dolores va ganando sus galones de nobleza. Los centros de instrucción que surgen en los pueblos y en las ciudades suponen un paso importante en el acercamiento a los trabajadores más apartados de la Iglesia o contrarios a ella, envueltos en el

feroz anticlericalismo de la época. Muchos acuden a los Centros a regañadientes, porque se aprende algo, o incluso con la secreta intención de burlarse, pero cuando descubren el respeto que se les manifiesta, sin distinciones de creencias ni de ideología, la desconfianza se muda en gratitud y ellos se convierten en los más fervientes heraldos de la Obra entre sus compañeros.

De nuevo a Roma

Con la ayuda de un jesuita, el padre Cesáreo Ibero, Rector y maestro de novicios en Loyola, Dolores redacta las Constituciones del Instituto. Una vez terminadas, decide ir a Roma para conocer al nuevo Papa, Pío X y, al mismo tiempo, iniciar los trámites para la aprobación de las Constituciones. Acompañada de María Manjón, en la que ya se adivinaba su sucesora, y de Pilar Delgado, la secretaria, llega a Roma el 12 de octubre de 1907. Dos días después, ven al Papa y les promete una audiencia privada. Mientras espera la audiencia prometida, Dolores va a visitar al Cardenal Merry del Val, prelado español al que había elegido como protector del Instituto. El encuentro entre ambos es cordial. Él les aconseja que visiten Roma mientras el Papa decide recibirlas.

Impacientes, pero esperanzadas, las tres compañeras ven desfilar los días. Inesperadamente, son citadas para el 21 de noviembre en la Secretaría de Estado. A medida que la fecha se acerca, las tres compañeras hierven de impaciencia. El cardenal Vives, consejero del Papa y, más tarde primer Prefecto de la Congregación de Religiosos, las pone unos días antes sobre la pista: “Encargue oraciones a todas las casas para el 21 de noviembre”, le dice a Dolores, pues le parecía que se iba a verificar un milagro estupendo. ¿Se trataría de la soñada aprobación de las Constituciones? Demasiado bonito para ser cierto. Dos o tres días antes de la fecha esperada, el Cardenal Vives las saca de dudas:

“Ya es hora de que se den cuenta de todo. La Aprobación va a ser directa del Santo Padre al Instituto, en vista de que la Congregación de Obispos y Regulares no las aprobaría por las vías ordinarias en muchos años, pues Su Santidad ha dicho que extraordinaria es la Obra y extraordinaria será la aprobación.”.

Y así es: el 21, cuando entran en el despacho de la Secretaría de Estado, el Cardenal Merry del Val les entrega las Constituciones firmadas por el Santo Padre. Dolores sale del despacho con el corazón henchido de alegría. El hecho de ver aprobadas las Constituciones de ese modo tan rápido e inesperado y las palabras del Pontífice referidas por el Cardenal Vives, le dan profunda confianza: “Su Santidad opina que es Obra que llena una gran necesidad en las circunstancias actuales, que como la Iglesia es tan fecunda y tan Madre, suscita todo lo que hace falta para llenar todas las necesidades.” No, no se ha equivocado: está en el buen camino.

De Toledo a toda la Península

Cuando Dolores regresa a Toledo con las Constituciones aprobadas por el Santo Padre, tiene casi sesenta años; ella, evidentemente, no lo sabe, pero le quedan únicamente diez de vida. Si no sabe exactamente de cuánto tiempo dispone, presiente que no puede ser mucho, dado su estado de salud y los achaques que padece, cada vez más frecuentes. Cuando ella falte, otras

personas tendrán que continuar la obra iniciada, por lo que a partir de ahora decide repartir su tiempo entre la acción directa y la formación de sus colaboradores. La formación de los nuevos miembros del Instituto se lleva una buena parte de su energía, pero no le impide acudir a abrir nuevos centros allí donde la llaman. En Madrid, a un paso de Toledo, tiene un campo propicio para su acción. Dolores conoce bien las necesidades de los barrios pobres de la capital por haber empezado en ellos su obra unos cuantos años antes, y se mantiene en contacto con sus colaboradoras de la primera hora, que siguen esforzándose por ayudar a esa pobre gente. Por eso, en cuanto puede - en octubre de 1909 - abre dos Centros en dos barrios populares, la Prosperidad (entre el pueblo de Chamartín y la Ciudad Lineal) y el Obelisco (lo que hoy es la plaza de Manuel Becerra). Los tiempos no son fáciles. En España soplan vientos de radicales anticlericalismos, de nacientes socialismos, de violentos anarquismos, y los ánimos están soliviantados a causa de la muerte de Ferrer, el defensor de la escuela laica, tras los acontecimientos de la Semana Trágica de Barcelona. En esas condiciones, la llegada de las seguidoras de Dolores Sopena a esos barrios pobres no puede ser observada más que con desconfianza, si no con manifiesta hostilidad.

Pero ellas no hacen caso de esa oposición. Actúan como lo han hecho siempre, ayudando a todos en lo que pueden. Les hablan de la dignidad humana a la que tienen derecho, de la necesidad de buscar hermandad y solidaridad en lugar de cultivar el odio de los unos hacia los otros. Y la actitud de los habitantes de la Prosperidad y del Obelisco cambia: a los pocos meses de su llegada, los Centros van tomando un ambiente propio, y en la lista de los afiliados figuran nombres muy destacados de la Directiva de la Casa del Pueblo. Cinco meses más tarde, la actividad de la Obra se extiende a otros dos barrios, Embajadores y Leganés.

Siendo Madrid la capital de España, considera Dolores que esta ciudad está llamada a ser sede central de la Obra. Una casa cedida por una simpatizante les permite disponer de momento de una residencia (aunque prestada) en la capital. Luego alquilan un piso en la Castellana. La idea es edificar la sede de la Dirección General, pero hay que esperar a disponer del dinero necesario: colocarán la primera piedra en la calle Francisco de Rojas, el 19 de abril de 1914, y la inaugurarán el 8 de enero de 1916. Antes hay que responder a necesidades más urgentes, atender a otras peticiones de apertura de centros.

Primero en Valencia, en el Grao y Marchelenes; luego en Vizcaya, en Asturias... Los problemas de vista empeoran, la diabetes que padece desde hace tiempo se agrava, provocándole una sed torturadora; se ha ganado un merecido descanso, pero no se lo permite. ¡El deber pasa antes que nada!

Loyola

Loyola había ejercido siempre en Dolores Sopena y sus seguidoras un magnetismo particular, por ser la cuna de san Ignacio. Allí habían realizado Dolores y sus primeras compañeras sus ejercicios espirituales antes de dar vida al Instituto y, desde entonces, suspiraban por poseer una casa donde repetir la experiencia de los Ejercicios con regularidad. En 1905 la comunidad de Santoña se había enterado de la existencia de un caserío enfrente de la ermita de la Virgen de Olatz que podía servir muy bien como casa de ejercicios y, tras obtener del Obispo de

Guipúzcoa el permiso para utilizar la ermita, habían decidido comprarlo para regalárselo a Dolores el día de su santo, el Viernes de Dolores. La Fundadora, emocionada, se había puesto en contacto inmediatamente con un arquitecto de Bilbao para que realizara los planos de un nuevo edificio en el que instalar la Casa de Formación del Instituto. Disponía únicamente de cinco duros de los de la época, cuando el presupuesto previsto por el arquitecto para la construcción del edificio ascendía en principio a 70.000 duros, pero la falta de medios no la amedrentaba.



“Todo se andará”, respondía a los que se asustaban ante su total falta de dinero para tan gran proyecto, y todo se anduvo.

El 27 de julio de 1909 el grupo de jóvenes en formación salen de Toledo en dirección a Loyola, donde las espera la Fundadora. El edificio está terminado, pero todavía no está habitable, de modo que esa noche van a dormir a la Casita de Olatz. Tres días después, festividad de San Ignacio, tiene lugar la inauguración privada. La realmente solemne se celebrará un año más tarde, en la fiesta de San Ignacio de 1910. Dolores ha visto cumplido su sueño: tener una Casa de Formación en Loyola y (aún no lo sabe), allí tendrá un mausoleo en el que descansarán sus restos cuando el Señor la llame a su lado.

La Obra sin fronteras

En 1912, las seguidoras de Dolores Sopeña participan en una misión fuera de España, en Pau, destinada a los españoles que, empujados por el hambre, se habían ido a trabajar a tierras francesas. Esa primera experiencia les hace descubrir las difíciles condiciones en las que vive esa pobre gente y las lleva a abrir allí un Centro para obreros que sea al mismo tiempo un refugio y un remedio permanente a tantas penas y necesidades. En Pau, la Marquesa de San Carlos tiene noticia de estos trabajos y le pide a Dolores que envíe a alguna de sus compañeras a los barrios obreros de París. Dolores le propone abrir un centro obrero en la capital francesa. La Marquesa acepta entusiasmada y, el 23 de febrero de 1914 se inaugura el Centro. Desgraciadamente, el estallido de la Primera Guerra Mundial pondrá fin a estas dos iniciativas, pero no al deseo de Dolores de llevar su Obra allí donde haya obreros que necesiten de su ayuda: por esas mismas fechas, abre Centros en Roma y ella misma se desplaza a Orán, en África del norte, donde existen muchos trabajadores españoles, para fundar un Centro. Y no se quedan ahí sus iniciativas. La labor de esta Obra había llegado a oídos del prelado de la capital chilena y éste, que también había desarrollado una importante tarea pastoral entre los trabajadores, se pone en contacto con Dolores solicitando la apertura de Centros en la diócesis. En 1917 llega un primer grupo a Santiago de Chile. Un nuevo territorio de acción se abre para el Instituto, pero Dolores no podrá gozar del resultado de sus iniciativas: mientras su Obra se asienta en el continente americano, la Fundadora se va extinguiendo lentamente entre Toledo y Madrid.

Madrid-Toledo-Madrid

Con la edad, los problemas de salud (vista y diabetes) se han ido agravando y ahora la sensación de agotamiento es manifiesta. Acuciada por el deseo de dejarlo todo arreglado cuando llegue el momento de su muerte, que ya siente cercana, redobla su actividad: tres secretarías son necesarias para dar abasto a su capacidad de trabajo. El 23 de noviembre de 1917 se desplaza a Toledo, donde había nacido el Instituto al lado de la Ermita de la Virgen de Gracia. Allí hace los ejercicios ignacianos. En sus Apuntes escribe: “Haré estos Ejercicios como si fueran los últimos de mi vida y mi preparación para la muerte.” El 12 de diciembre regresa a Madrid. Vuelve cansadísima, agotada. La diabetes ha cercenado la sangre y eso le produce fuertes Dolores que procura sufrir en silencio. Los días avanzan y la inminencia del desenlace fatal es cada vez más evidente. El 29 de diciembre la visitan los doctores Grinda y Calleja. Dolores les pide que la informen sin disimulos sobre su estado. El doctor Grinda, que la conoce bien y sabe de su temple, le dice que está grave y le aconseja que se vaya preparando... Dolores no se altera lo más mínimo y solicita que le administren el Viático. Lo recibe el 30 de diciembre, domingo. Ese mismo día cumplía sesenta y nueve años.

Al día siguiente, último del año, el Obispo de Madrid, Monseñor Melo, reza un *Te Deum* en la capilla. Dolores saca fuerzas de flaqueza y consigue asistir a la ceremonia. Por la noche convoca a todas las de la casa. Con su estilo personal, y evitando toda tentación de dramatismo, hace examen de conciencia en voz alta y se despide de todas ellas.

“Que seáis santas, muy santas, y, sobre todo, que tengáis una confianza completa en el Señor.”

Siguen unos días de extrema gravedad, que ella sobrelleva con la serenidad que la caracterizaba. El 9 le administran la Extremaunción. Al día siguiente, 10 de enero de 1918, a las nueve y media de la noche, expira. “Quiero irme al cielo, morir de amor”, fueron sus últimas palabras.

Dos días después se celebra el entierro. Los obreros que llevan a hombros el ataúd de Dolores apenas pueden abrirse camino entre la muchedumbre que trata de acercarse para conservar en medallas y rosarios un último contacto con su caja. A pesar de que el día es frío y gris, todos siguen en silencio el féretro de la gran benefactora desde su casa, en el barrio de Chamberí, hasta el Camposanto de Nuestra Señora de la Almudena, donde es inhumada.

Casi seis años más tarde, en septiembre de 1923, sus restos son trasladados con respeto, solemnidad y devoción a la casa de Loyola, donde reposan hoy.

La gloria de los altares

La fama de santidad de que Dolores Sopena gozó en vida continuó y se amplió en los años sucesivos a su muerte, por lo que el Obispo de Madrid en 1928 dio comienzo a la Causa de Canonización con la celebración del proceso ordinario informativo, el cual, después de una larga pausa se reanudó en 1948 y terminó en 1956. En 1964 fue promulgado el Decreto sobre sus escritos y el relativo a la introducción de la causa, el 19 de junio de 1980. Se celebra después el proceso apostólico en Madrid (1981-1982), cuya validez jurídica fue reconocida en

1983. El 11 de julio de 1992, fue promulgado ante S.S. Juan Pablo II, el Decreto sobre las virtudes heroicas de la Sierva de Dios, Dolores Sopeña. El 23 de abril de 2002, el Papa Juan Pablo II mandó que se redactara el Decreto sobre la curación milagrosa del obrero Victoriano Herrero Pérez, realizada en 1957, gracias a la intercesión de la Venerable Sierva de Dios, Dolores Sopeña, dando paso a la celebración de la Beatificación, el 23 de marzo de 2003.

